



¿ME AMA? cuadro de Scalbert

el fresco que comenzaba á levantarse le conduje á su despacho, buscando yo en la soledad de mi habitación algo que calmase la tensión nerviosa de que me hallaba poseído.

IV

Lo primero que ví sobre mi mesa fué el correo. No había recibido carta alguna, pero en cambio allí había hasta media docena de periódicos de Madrid, de los que maquinalmente corté las fajas que los aprisionaban. Por fin me fijé en uno, y tratando de encontrar en él distracción á mis agitados pensamientos, leí con una avidez digna de mejor causa una porción de cosas que ni á mí me importaban ni pienso que al que las escribió tampoco.

Al cabo dí en la sección de noticias, pero como aquello tampoco me interesaba iba ya á soltar el diario, cuando de pronto mis ojos clavándose en dos líneas me hicieron prorrumpir en un grito de horror. En ellas, con un espantoso laconismo se daba cuenta de que Andrea, precipitándose desde lo alto del viaducto había enmendado las desigualdades de su cráneo contra las piedras de la calle de Segovia.

Cómo tuve serenidad para tanto no lo sé, pero lo cierto es que recordando que mi tío recibía los mismos periódicos que yo, corrí á su despacho para quitar de su alcance aquella malhadada noticia. Cuando llegué era tarde. El periódico arrugado y hecho pedazos estaba á sus pies. El enfermo presa de un nuevo acceso de hemiplejía yacía rígido en el sillón.

Al verme, sin embargo, sus ojos rodaron por las órbitas, su lengua castañeteó un momento en el paladar y haciendo un esfuerzo, exclamó:

—¡Las protuberancias! ¡las protuberancias!

Después su cabeza cayó pesadamente sobre aquel librote lleno de cráneos y de calaveras cortados por ángulos y líneas de puntos. Mi tío había dejado de existir.

V

Desde aquel día, mi vida ha sido de las más inútiles. Jamás he tenido resolución ni para el bien ni para el mal y todo ha dimanado de que el menor obstáculo me ha hecho exclamar: «Indudablemente mi cráneo no está organizado para esto.»

Hoy, que soy viejo, no puedo enmendarme; pero allá en el fondo de mi conciencia siento una especie de incredulidad que me hace decir:

—Si la ciencia sólo sirve para hacernos perder la conciencia de nuestras propias fuerzas, reniego de la ciencia.

ANGEL R. CHAVES

SAN MARCOS, 3, 3.º

POR DON EDUARDO LÓPEZ BAGO

(Continuación)

Figuraos que el artista, satisfecho de su obra, invita á visitar su taller, y á él acuden picadas de curiosidad nuestras mujeres, nuestras hermanas, nuestras hijas vestidas con todas las fantasías del lujo moderno. ¿No habéis visto como yo en semejantes casos lo que sucede? ¿No habéis observado el contraste que resulta? El triunfo del mármol sobre la carne, del arte sobre la naturaleza, por mucho que esta naturaleza se adorne, es tan claro, tan evidente, que aquellas mujeres rodeando aquella estatua hacen un efecto parecido al que produciría un figurín de revista de modas puesto junto al último cuadro de Pradilla.

He aquí lo que sucedió al presentarse la marquesa sin más brillo que el de sus ojos, anudando sus abundantes cabellos con los cabellos mismos, ostentando la irresistible blancura de sus magníficos hombros sobre un sencillísimo traje de terciopelo negro. Apareció la estatua y la mujer quedó humillada y casi odiando al divino artista.

Un murmullo de admiración entre los hombres, de envidia entre las mujeres acogió su entrada. El marqués como siempre, después de dejar á su consorte en un grupo de damas á donde bien pronto acudieron los adoradores de la deidad, atravesó el salón y penetró en el gabinete de tresillo.

El general Zúñiga y yo nos colocamos aquí de manera que no perdiésemos ninguna de las escenas que iban á producirse. Ya estaba en el palenque la mantenedora, sólo faltaba el nuevo campeón, en quien cifrábamos nuestra última esperanza. El capitán de húsares, el español, el paisano de Don Juan, el seductor nunca vencido en una palabra.

Yo creo que de ser ingleses hubiéramos apostado.

Al terminar la orquesta un baile, el conserje encargado de anunciar á los convidados dijo de pronto:

—El capitán don Carlos Latorre.

Todas las miradas se volvieron hacia aquel punto, describióse el tapiz y vimos á nuestro protagonista.

¡Ay! ¡mi general!... cuando V. era teniente no tenía aquella figura, tan marcial como elegante, aquellos ojos en que brillaba el fuego de los héroes como Ulises y de los jóvenes como Telémaco. La gracia varonil de toda su persona era en tal extremo que en aquel hombre la fuerza no excluía la soltura ni la naturalidad la distinción. Al presentarse imponía. Era uno de esos seres privilegiados que lo reúnen todo. Se comprendía al verle que en las trincheras era el más valiente y en los salones el más distinguido.

Recorrió con la vista la concurrencia y como perfecto conocedor fijóse desde luego en la marquesa. Con resuelto ademán se acercó al grupo en que aquella estaba.

No oíamos nosotros desde aquí las palabras que entre ambos se cruzaron, pero no podían ser otras que una fórmula de invitación galantemente expresada y aceptada con cortesía.

Y esto fué indudablemente, porque al acometer la orquesta las primeras notas de un rigodón vimos levantarse á la marquesa, y apoyando su brazo en el del capitán, ocuparon ellos su puesto entre las parejas que empezaban á formarse.

—De manera que la invulnerable marquesa... — interrumpió uno de los agentes.

—¡Oh! no precipitemos el desenlace, amigo mío; la marquesa no concedía al capitán distinción que pudiese dar motivo á malévolas suposiciones. La marquesa bailaba siempre con cuantos solicitaban este favor, y por ende no había prueba en contra suya. El marqués no era ningún ogro que pensara en prohibir á su mujer placer tan admitido en sociedad.

El baile era una lucha de que siempre salía victoriosa. Carlos Latorre no adelantaba más que otros consiguiendo el honor de ser su pareja. Bailó ella y escuchó las galantes frases del joven con la misma indiferencia que escuchaba las de todos. Aun creímos notar que extremaba con él su seriedad, y pudimos ver cómo el húsar se mordía los labios con enojo al encontrar en tan hermosísima criatura obstáculos con que hasta entonces no había tropezado en sus amorosos galanteos.

Terminó el rigodón y las parejas volvieron á sentarse. El capitán no era sin duda hombre que abandonase por difícil ningún empeño, pues lejos de separarse de Concha le vimos apoyado en el respaldo del sillón que ésta ocupaba sosteniendo con ella un diálogo que durante largo tiempo tenía por respuesta el monosílabo de afirmación ó negación á lo que él decía.

Preludióse otro baile, y la marquesa esta vez consultó su lista á tiempo que el vizconde de Antúnez, que era el elegido en ella, se presentaba.

El capitán no se movió de su sitio. Pero cuando Concha regresó, tuvo sin duda una inspiración que le hizo cambiar de táctica; comprendiendo que con mujer tan altiva había errado el camino mostrándose desde luego rendido y obsequioso, esperó á que ella ocupara su asiento, y pronunciando unas cuantas frases de despedida, se separó bruscamente del grupo dirigiéndose á otro extremo del salón para invitar á una bellísima morena con la que exageró sus galanterías.

—Ese hombre es un maestro, — pensamos el general Zúñiga y yo al hacernos cargo de este juego.

Tal vez Vds. encuentren el ardid sobradamente conocido, y hasta lo rechazarán por vulgar, pero quien tal

135